

ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN



LA  
PUERTA  
DEL  
DRAGÓN

edebé



LA  
PUERTA  
DEL  
DRAGÓN







LA  
PUERTA  
DEL  
DRAGÓN

ANA ALONSO Y JAVIER PELEGRÍN

**edebé**



© Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2016  
Agencia Literaria Sandra Bruna

© de esta edición: Edebé, 2016  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Primera edición, octubre 2016

ISBN 978-84-683-2917-8  
Depósito Legal: B. 13831-2016  
Impreso en España  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## • CAPÍTULO I •

—Es un lugar absurdo para morir.

Lisa oyó las palabras de la mujer al otro lado del precinto de seguridad que dividía en dos la monumental escalera. No parecía dirigirse a nadie en particular, y el agente de uniforme que estaba junto a ella tomando fotos de la escena asintió sin mirarla. ¿Sería su jefa? La voz del teléfono pertenecía a un hombre. Dijo que llamaba de parte de la policía, pero no dio su nombre ni su número de placa.

Además de aquellos dos, junto al cadáver se encontraban dos agentes más. Uno de ellos, un joven con el pelo rapado y cuerpo de gimnasio, estaba apoyado en la salamandra de Gaudí, mirando con expresión indolente a su compañero más viejo mientras este terminaba de cubrir el cadáver con plásticos blancos.

A lo mejor se trataba de una broma cruel. Alguien pasó por allí, vio la escena y la relacionó con Mónica. Todo el que la conocía sabía que el Parque Güell era uno de sus rincones preferidos de Barcelona. De ahí



pudo surgir la idea: «Vamos a llamar a su hija, vamos a darle un susto»...

Pero no. Nadie las odiaba tanto como para hacer algo así.

Además, la voz del teléfono no sonaba burlona. Temblaba un poco, y en un momento dado, justo antes de pronunciar la palabra «muerta», se detuvo para reunir valor. Era la voz de alguien que estaba sufriendo por tener que dar aquella noticia. Incluso para la policía, esos tragos deben de resultar difíciles.

Por detrás del precinto de seguridad se había congregado un enjambre de curiosos que se apiñaban en tres o cuatro peldaños de la escalinata, intentando no perder detalle de lo que ocurría. Se preguntaban unos a otros lo que había pasado, qué habían visto.

—¿La han matado?

—¿Se sabe quién es?

—¿Había sangre? ¿Ha sido un atraco?

Incapaz de seguir escuchando, Lisa respiró hondo y levantó el precinto de seguridad para pasar por debajo.

—Eh, ¿qué haces?

El policía que tomaba fotos bajó la cámara, mientras la mujer se encaraba con Lisa.

—¿Qué crees que estás haciendo? Esto es una investigación policial. Como salga una sola foto en un blog o en el Facebook ese de las narices, te mando a juicio.

Lisa miró a la mujer con la boca entreabierta, sin saber qué decir. Las piernas le temblaban. Era como



estar dentro de una pesadilla donde todo se va volviendo más grotesco por momentos.

—Me ha llamado un compañero suyo —explicó con voz ronca—. Para identificarla.

La mujer la miró de pies a cabeza. Era más baja que Lisa, y tenía aspecto de no haber dormido bien aquella noche. La luz otoñal se reflejaba en las mechas rubias de su pelo, que brillaban demasiado sobre el fondo deslucido de su melena castaña.

—¿Me estás tomando el pelo? No hemos llamado a nadie —tenía voz de fumadora, grave, un poco rasposa, y miraba a Lisa con una sonrisa incrédula—. A ver, enseñame tu DNI.

Lisa rebuscó en su bolso y sacó una cartera de tela de muchos colores. La cremallera se le atascó. La mujer cruzó una mirada con el agente rapado, que acababa de acercarse.

—Aquí está —Lisa le tendió el documento a la mujer—. Me dijeron que tenía que identificarla. Pero no es posible. A lo mejor ha habido un error.

La mujer echó un vistazo a la parte delantera del DNI, y luego le dio la vuelta. Tardó apenas tres segundos en levantar la vista.

—¿Eres su hija? —preguntó, mirándola de arriba abajo.

Entonces, era verdad. Lisa notó un vuelco en el estómago y ese dolor agudo que suele preceder al vómito. Los azulejos azules, amarillos y naranjas de la sala-





mandra resplandecían al sol con una nitidez dolorosa. La misma nitidez maligna que tienen a veces los sueños.

Detrás, aquellas escaleras blancas que ascendían hacia las columnas. Columnas dóricas... ¿A qué edad había aprendido eso? Su madre se lo había explicado cuando no tenía más que cinco o seis años.

La mujer miraba a Lisa con ojos expectantes. ¿Le había hecho una pregunta? Si era así, no la había oído.

—Escucha, necesitas sentarte. Ahora mismo no tengo gente para..., pero llamaré a comisaría. ¿Has avisado a tu padre?

—Yo... No se me ocurrió.

—No vive con vosotras, ¿verdad?

Lisa desvió la mirada hacia el bulto cubierto de plásticos, sin contestar.

—¿Y dices que te llamaron de la policía? ¿Tienes el teléfono por ahí? Necesitaría ver ese número. No puede haber sido uno de los nuestros, no es el procedimiento que seguimos. Además, eres menor —añadió comprobando la fecha de nacimiento en el DNI—. Te faltan dos meses para cumplir los dieciocho.

—¿Qué le ha pasado?

La mujer sonrió torpemente y, tras una breve vacilación, le tendió la mano a Lisa.

—Elsa Hernández. Inspectora Elsa Hernández. Esto debe de ser muy duro para ti. Si quieres, podemos avisar a tu padre para que venga a buscarte. ¿Te llevas bien



con él? Si no, podemos buscar a otro familiar. ¿Tienes tíos, abuelos...?

Una ráfaga de viento agitó el pelo de la inspectora y los plásticos que cubrían el cuerpo.

—¿Cómo ha muerto? ¿Quién la encontró?—insistió Lisa con los ojos vacíos.

Otra pausa. Larga. Captó una nueva mirada entre la inspectora y su ayudante. No sabían qué decirle.

—No hay signos de violencia—contestó la inspectora con suavidad—. Es pronto para dictaminar la causa de la muerte, el médico forense no ha llegado todavía. ¿Sabes qué hacía aquí?

—No sé. Los sábados por la mañana suele ir a hacer la compra de la semana a algún centro comercial. La verdad es que estaba en la cama cuando salió. No le pregunté...

—¿Estaba viendo a alguien? Quiero decir, ¿salía con...? Ya me entiendes.

—Elsa—intervino el policía rapado—. Esto deberíamos dejarlo para más tarde. Mírala, está a punto de caerse al suelo.

La inspectora asintió nerviosamente con la cabeza.

—Es verdad, mejor que te la lleves a un lado. ¿Tienes el teléfono de tu padre, Lisa? Le avisaré para que venga a buscarte. Si me pudieras dar el móvil... Así, de paso, comprobaremos esa llamada de aviso.

Lisa tiró del cierre imantado de su bolso. Removió todo su contenido sin recordar muy bien lo que busca-



ba, hasta que sus manos localizaron el suave rectángulo de su viejo iPhone.

Se lo tendió a la inspectora.

—Mi padre está en la agenda, en la «p». Se llama Toni. Antonio. La otra llamada debe de estar entre las últimas recibidas.

La inspectora le dio las gracias, y el agente rapado tomó suavemente a Lisa por un brazo y la condujo escaleras arriba, hacia el refugio de las columnas dóricas. Desde allí se podía apreciar mejor la cantidad de curiosos que observaban la escena, no solo desde las escaleras, sino también desde las fantásticas barandillas en forma de almenas de los dos jardincillos laterales.

Se quedaron de pie, mirando hacia abajo en silencio. Lisa podía oír la respiración levemente jadeante del policía. Habían subido muy deprisa las escaleras.

—¿Alguien lo vio? —preguntó finalmente Lisa—. ¿Se cayó ahí, sin más?

—Tenemos varios testimonios que coinciden. La oyeron gritar. Por lo visto se llevaba las manos hacia la garganta y hacía gestos desesperados, como si estuviera luchando. Dicen que se arqueó hacia atrás de una manera muy extraña antes de derrumbarse en el suelo. Puede que fuese un tirón. ¿Solía llevar collares, o gargantillas? Hay rateros especialistas en eso. Te tiran del collar, te lo arrancan y, si tienes mala suerte, pueden llegar a estrangularte.

—¿Pero vieron escapar a alguien?



—Nadie lo vio. Pero aquí hay mil sitios para esconderse. Puede que tu madre tardase en reaccionar, y eso le dio tiempo al tipo para escapar. A lo mejor la amenazó con un arma.

—Pero la inspectora dijo que no había signos de violencia...

—Evidentes no. Hay que esperar a ver qué dice el forense. No le des más vueltas, no sirve de nada. A lo mejor ni siquiera fue un tirón. Pudo ser un infarto, o un ataque de asma...

—Mi madre no tiene asma. Y no lleva collares ni gargantillas casi nunca.

El policía se encogió de hombros y no añadió nada más. Lisa sentía la garganta seca, llena de agujas invisibles. Y el estómago... Lo tenía tan revuelto como si acabara de bajarse de una montaña rusa.

Intentó distraerse observando a la gente. Ahora había más mirones al otro lado del precinto, y también en el jardín.

Fue entonces cuando lo vio. Lo reconoció por la altura, por su aspecto desgarrado. No conocía a nadie tan alto. Y la ropa... Llevaba la misma camiseta negra de manga corta que el día en que su madre se lo presentó.

Pero aquello fue en agosto. Hacía mucho calor, un calor húmedo y asfixiante. Se acordaba muy bien porque el aire acondicionado se había estropeado y no se podía parar en casa.





Aquel día pensó que una camiseta negra no era apropiada para un día tan bochornoso. Sin embargo, lo era aún menos para una fresca mañana de noviembre.

También pensó que era un chico muy joven para andar traficando con objetos tan valiosos. ¿Cómo se llamaba, Marc? Sí, eso era: Marc. Quería que Mónica restaurase y valorase un par de colgantes modernistas que había heredado de su abuela. Luego, vino con más cosas: un abrecartas, una peineta, un broche... Lisa había visto trabajar a su madre con cada uno de los objetos: ponerlos bajo la lupa, moverlos lentamente, limpiarlos con un pincel ligeramente húmedo...

Y ahora, él estaba allí, mirando. Y Mónica estaba muerta.

Tal vez Marc captó los ojos de Lisa fijos en él, aunque a aquella distancia resultaba improbable. En todo caso, de repente se dio la vuelta y se alejó de la barandilla almenada.

No podía dejarle marchar. No sabía dónde vivía, ni cómo localizarle. Tenía que seguirlo.

—Necesitaría beber agua —murmuró, mirando de reojo al policía—. No me encuentro bien.

Él se levantó como movido por un resorte y, con una sonrisa, le aseguró que se la traería enseguida. Lisa esperó a que llegase a la altura del cadáver para salir corriendo. Podía ser muy rápida cuando quería. En un abrir y cerrar de ojos, bajó la escalerilla lateral que co-





municaba la galería dórica con el jardincillo de las almenas. Llegó justo a tiempo para ver a Marc alejándose a toda velocidad por detrás de un arriate de flores. No le costaría demasiado alcanzarlo.

Iba tan deprisa, que no vio a la mujer que se le acercaba por la derecha. Prácticamente se abalanzó sobre Lisa, y estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Perdone...

Lisa intentó esquivar a la desconocida para seguir con su persecución, pero ella la agarró con fuerza por la muñeca. Tenía una mano grande, áspera, con dedos deformados por la artrosis, y miraba a la muchacha con una sonrisa compasiva.

El viento arremolinaba sus desaliñados cabellos grises alrededor de su rostro.

—Soy Teresa Suñer —dijo—. Te acompaño en el sentimiento. No sabes cómo lamentamos lo ocurrido, es una gran pérdida. Si nos hubiera escuchado..., pero Mónica nunca quiso hacernos caso.

—¿De qué está hablando?

Mientras forcejeaba con la mujer para liberarse de ella, Lisa intentaba mirar por encima de su hombro para no perder de vista a Marc.

—Soy de Barcelona Oculta, una sociedad sin ánimo de lucro interesada en temas esotéricos relacionados con Barcelona. Tenemos más de cuatrocientos suscriptores, y llevamos muchos años estudiando la relación de la obra gaudiniana con el proyecto angélico.



—Perdone, ahora no puedo escucharla. En otro momento...

Todavía sin soltarla, Teresa le entregó una tarjeta de visita gris con el logotipo de una serpiente alada.

—Está bien, pero llámanos. Podemos ayudarte. Para tu madre ya es demasiado tarde, pero no para ti. Ella guardaba muchos secretos. Busca en sus cuadernos... Los dragones. Hizo su tesis doctoral sobre los dragones.

—Eso fue hace mucho..., déjeme en paz.

La mujer abrió su garra artrítica, y Lisa pudo escapar por fin. Pero era demasiado tarde. ¿Dónde se había metido el chico? Ya no lo veía por ninguna parte.

Tal vez abajo, en el paseo de soportales que imitaba una galería natural de cuevas. Era un buen sitio para esconderse, y si él había notado que le seguía...

Lisa atravesó el jardín, sorteando los arriates y los grupos de palmeras. Conocía bien el parque; solo tenía que bajar un nuevo tramo de escaleras y llegaría al nivel de la galería. Marc tenía que estar allí. ¡Tenía que estar!

Alguien gritó su nombre desde arriba, pero no se volvió. No estaba detenida, no tenían derecho a seguirla.

Llegó a los soportales y miró en todas direcciones, pero no vio a Marc. No había nadie.

Y entonces sucedió algo extraño. Duró solo un instante, un instante en el que la piedra de la galería y las



siluetas de cuento de hadas del parque se disolvieron de golpe, dejando tan solo una ladera pelada, salpicada aquí y allá de arbustos resecos. A la izquierda había una vieja masía de piedra. La vio con toda claridad: las ventanas con postigos de madera oscura, el emparrado del porche, sábanas blancas extendidas sobre la hierba...

Fue solo un fogonazo. Después, volvieron las formas sinuosas de cerámica, las bóvedas de piedra con falsas estalactitas. Y al mismo tiempo oyó la voz que la había llamado, esta vez mucho más cerca. Se volvió y vio a la inspectora.

—Me habías asustado. ¿Adónde ibas? Ven conmigo, anda, tu padre está a punto de llegar. Pobre Adolfo, le has dado un susto de muerte.

Adolfo debía de ser el policía rapado, aunque Lisa no se lo preguntó. Elsa Hernández era una de esas personas que necesitan llenar todos los silencios para no sentirse perdidas...

Lisa la acompañó escaleras arriba, y se las arregló para no escuchar ni una sola palabra de la inspectora en todo el camino.

